

EL MUNDO DE LOS TOROS

CIRCULACION NACIONAL
DELEGACIONES EN TODAS LAS CAPITALES ESPAÑOLAS

REVISTA GRAFICA DE ACTUALIDADES

Año V - 17 diciembre 1966 - N.º 201 - Ejem. 25 ptas. - (extra navidad) D. L. P.M. 1399-62

EDITOR:

Juan Bosch Iglesias

Artículo mio sobre Fierza y Bravura del toro

"Para la España de mis amores, unas Navidades felices." Este es el mensaje que desde América envía Diego Puerta

En páginas interiores, amplio reportaje sobre el enojoso asunto de la feria de Nuestro Señor de los Milagros



EL TORO DE LIDIA PSICOLOGIA DEL TORO

Decía Ortega y Gasset que «el toro es un animal que embiste. Comprenderlo es emprender su embestir». En estas palabras del ilustre filósofo español se encierra, a mi entender, todo el secreto de la bravura. No hay animal donde la leyenda y la fantasía hayan tenido tanto predominio sobre la realidad como en el caso del toro ibérico. Lo que no se comprende de su psicología se ha sustituido por la hipótesis. Tal circunstancia explica el por qué se habla de colores que enfurecen, de sentidos anormales, de hiperactividad glandular, o llega a clasificarse al toro como un enfermo nervioso. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Debe partirse del principio de que el toro es un animal normal, completamente normal. Es decir, sin tachas ni defectos que le definan como un enfermo.

Más bien diremos del toro que es un animal modificado o, si se prefiere, paradójico, a que no se busca su domesticación, sino la persistencia de su bravura, rasgo, al fin y al cabo, primitivo. Una vez más citaremos a Ortega y Gasset, que tan hondamente supo calar en el problema oscuro y difícil de la bravura. «Mas en el toro —dice el gran escritor— la furia no es un estado anormal, sino su condición más constitutiva en que llega al grado máximo de sus potencias vitales, entre ellas la visión». Es decir, que el toro no tiene rasgos de anormalidad ni

defectos en sus órganos y funciones. Hablar de esquizofrenia, miopía y tantos otros motivos, es también sacar las cosas de su sitio. Incluso resulta más difícil comprender y demostrar estas anomalías que la regularidad de su instinto y psicología.

Para saber qué es la bravura actual del toro se necesita primeramente ahondar en las características somáticas y usquicas de la especie. Los bóvidos, como animales herbívoros, no precisan de la caza para conseguir alimento. Y esto provoca, sin duda, su actitud defensiva. Se da incluso la particularidad de que la astucia que no requieren para el suministro alimenticio o para atacar, la dedican a defenderse de los carnívoros.

Los rumiantes, debido a que ingieren cantidades grandes de alimento y gastan parte del día en esta operación, suelen tener un guía o jefe encargado de la vigilancia del rebaño. El móvil principal de la sociedad animal, la manada o rebaño, está en la protección. Por esto tienen ampliamente desarrollados los sentidos defensivos y están dotados de peligrosos apéndices de protección y ataque. La huida, el medio más corriente de librarse del peligro, no es siempre la regla. Su carácter irritable y tendencia a la defensa les califica, cuando no viven en domesticidad, como animales peligrosos.

Viven formando una comunidad o manada en la que reina la mayor armonía y protección, hasta el momento del celo, en que los machos desencadenan terribles luchas por la posesión de las hembras.

La amenaza es constante en el dominio

animal. Los sistemas de defensa y agresión son la pauta constante de su comportamiento. El binomio estímulo-reacción es fundamental para conocer lo que se denomina en ciertos animales, técnicamente, instinto de agresividad o de bravura. La naturaleza ha dotado a sus criaturas de armas diversas, tanto para el ataque como para la huida. Ambos son procedimientos de adaptación y supervivencia del animal que convive junto a otros de su especie y, por tanto, que compete con los que habitan en la misma zona geográfica.

En el animal salvaje la defensa de su vida y de la prole, la búsqueda de alimento, el dominio de la hembra, se realizan siempre bajo las reglas de la competencia más feroz. «Olvidanse —escribe Ortega y Gasset— que la vida entera del animal está modelada en la espera incesante de una agresión».

Craig, al estudiar los sistemas de lucha en el reino animal, defendió hace tiempo que las especies combaten, la mayoría de las ocasiones, para librarse de la presencia del contrincante enemigo o evitar su intervención. Pero han sido numerosas las hipótesis que han pretendido aclarar el secreto de la «bravura» del toro, término más literario que psicológico. Así el *Diccionario* de la Academia define este vocablo como la fiera de los brutos. Sin embargo, desde el punto de vista taurino, fiera y bravura tienen distinta valoración. Un animal traidor o bronco estará bien dotado para la lucha de la vida e incluso podrá ser un exponente de bravura, pero es un animal inaprovecha-

ble para el toro. Los toros de raza manchina de Carranza, por ejemplo, embisten por su carácter salvaje, pero carecen de la suavidad que se necesita para el toro.

Los tratadistas taurinos han completado este concepto con observaciones más o menos atinadas en un esfuerzo por conocer el secreto de la bravura. José María de Cossío, en el «Vocabulario taurino autorizado» que incluye en su célebre libro *Los toros*, cita el término *bravo* como la conducta propia del toro fiero, de acometividad resuelta y con constancia en la acometida. El P. Laburu y Sanz Egaña califican la agresividad como un instinto defensivo y, mejor aún, un instinto de liberación.

Las teorías, por demás, son numerosas. Citaremos algunas de las que han alcanzado mayor aceptación. Domingo Ortega dice que la bravura es el instinto de ataque y no un instinto de defensa. Jean Laffitte explica esta manifestación impulsiva como un carácter racial intimamente ligado al medio ambiente. El profesor Aparicio mantiene la opinión de que el toro es un animal valiente que embiste por hábito, por tendencia funcional y, sin duda, por la labor zootécnica del ganadero. «La bravura —dice Alvaro Domec— es como una explosión o una llamada. La bravura, primero instinto de defensa —continúa este autor— y luego mantenida, ha terminado siendo una misteriosa cólera». Para Gilpérez, el toro de lidia acomete ante cualquier estímulo o

provocación, en cuanto que ese instinto existe innato en el animal y ha sido cultivado por el hombre.

En todas estas definiciones, y en otras más que podrían haberse recordado, hay, por supuesto, elementos valiosos. El toro de lidia es un animal con fiera, circunstancia que responde a su carácter de domesticidad incompleta.

La función agresiva en el toro es constante o, para decirlo mejor, persiste entre sus más antiguas cualidades raciales. Codicia significa lo mismo que combatividad; es decir, la insistencia en el ataque. Se trata, pues, de animales semisalvajes o, lo que es lo mismo, semidomesticados. En definitiva, la bravura es una de tantas manifestaciones del instinto defensivo. La huida, la simulación de la muerte, el mimetismo, etc., son también expresiones de este mismo instinto.

La bravura debe estar, sin embargo, condicionada al espectáculo. Por ello se exige a los toros una serie de cualidades para que puedan recibir con justicia el nombre de bravos. Nada más difícil, pese a lo que aparentemente pueda creerse. De seis mil toros, contaba Domec que el sólo había visto seis animales excepcionales.

La bravura depende de la interacción de muchos factores, que en su momento iremos señalando. Uno de los más importantes es lo que nosotros llamamos

(Pasa a la pág. 15)



FIEREZA Y BRAVURA DEL TORO

POR BENITO MADARIAGA

Maquinaria y equipos para la construcción

GRUPOS MOTO COMPRESORES AIRCO

Motores Diesel

Bombas para todos los tipos y caudales

Consultar para otras especialidades

Entregas inmediatas

MOEXSA

CALLE ARAGON, 45 TELEFONO 222718
PALMA DE MALLORCA

BENITO MADARIAGA

(EL TORO DE LIDIA)

(Viene de la pág. 13)

«embestida educada», que no es otra cosa sino la «suavidad» de que se ha hablado ya.

La fiereza por sí solo no es suficiente para ofrecer al público un espectáculo adecuado. La fiereza de la bestia no es nada más que una de las cualidades imprescindibles, desde luego, para que pueda verificarse normalmente la corrida. Como ha escrito Alvaro Domecq, «el torero moderno y el público, cada vez más exigente ante la inevitable pequeñez de los toros, exige toros con embestida recta, reglada, pastosa, tranquila, toros suaves». Pero esta cualidad es simplemente uno de los muchos factores que completan la bravura. El toro tiene que ser algo más que suave. Su temperamento exige, para que sea lidiante, poder, codicia, arrancada completa, etc.

Fernández Salcedo propone la siguiente tabla o baremo para calificar de *insuperable* a un toro bravo:

Cuarenta y cinco puntos para el primer tercio.

	Puntos
Tamaño	2
Edad aparente	2
Peso	1
Tipo	2
Finura	2
Cornamenta	1
Diez puntos para la presentación.	
Arrancada larga	6
Codicia	7
Poder	4
Acción de recargar	7
Dejarse pegar	3
Mucho castigo	5
Salida con quite	5
Pelea de un tercio	4
Ausencia de defectos	4
Arrancada pronta	6
Persecución del banderillero	4
Viveza	2
Ausencia de defectos	3
Quince puntos para el segundo tercio.	
Dureza de patas	4
Codicia	6
Suavidad	4
Nobleza	5
Arrancada larga	6
Ausencia de defectos	5
Treinta puntos para el tercer tercio.	
Total	100

para el toro *insuperable*.

Como se ve, el intrincado misterio que constituye la bravura está influido por numerosos elementos. Desde el punto de vista genético, la bravura es una consecuencia de factores poliméricos. De aquí arranca la primera dificultad con que tropieza el ganadero de reses bravas para conseguir animales con esta aptitud. Por esto la bravura, tal y como se entiende en el torero, no deja de ser muchas veces una feliz eventualidad. Sin embargo, este carácter o aptitud es hereditario. Y por ello, la única arma de valor que posee el ganadero para mantener esta cualidad en su rebaño consiste en elegir las hembras y los machos que transmitan la bravura. Pero esto no es fácil. ¿Cómo sabremos que un toro será bravo en el redondel? El primer indicio hay que buscarlo en la genealogía; el segundo, en la tiente, y el tercero, en la misma prueba que sufre en la plaza.

Se ha pedido en época reciente que fueran liberados de la última suerte, la muerte, aquellas reses que, por su bravura extraordinaria, pudieran servir de sementales. Con ello se premia, por así decirlo, la valentía del animal, premio que puede significar más tarde la creación

de auténticas ganaderías bravas y el consiguiente enaltecimiento de la fiesta. «Si escogiésemos el reproductor en la plaza —dice Domingo Ortega—, que es donde el toro tiene que manifestar toda su realidad, sería más fácil acertar en la bravura de los hijos, puesto que tendríamos la seguridad de lo que el padre había hecho, y no solamente la sospecha de lo que podría hacer».

Pero ahora conviene explicar los motivos que originan la bravura. Es decir, ¿por qué embiste el toro? Mír arriba hemos insistido sobre el hecho de que el color no juega un papel importante como causa desencadenante de la embestida. La intensidad luminosa tiene, por supuesto, algún valor, pero no constituye de por sí un elemento suficiente para servir de estímulo al toro. Quienes conocen bien las costumbres del toro bravo saben que acomete con dificultad cuando no existen motivaciones físicas o psíquicas. Con ello se quiere decir que embiste ante situaciones de peligro, dolor o contrariedad. Durante el torero, los movimientos de los toreros y de la muleta y el influjo de la voz, merecen ser considerados como la primera causa de la continuidad de la embestida. El hecho fue ya advertido por los primeros tratadistas taurinos. Juan Francisco Melcón, en 1738, decía sobre este particular: «Si el toro no tiene objeto o bulto delante que le estimule o provoque, ¿cómo es capaz que él les entre ni acometa?»

En general, durante la lidia son muchos los estímulos que provocan la actitud de embestir. La contrariedad al verse alejado de su querencia, el ruido y los gritos del público, juntamente con los movimientos de los peones, capas, toreros, muleta, etc., conforman la excitación del toro, que llega a alcanzar proporciones extraordinarias. En el toro, ciertamente, queda el recuerdo o la tendencia a actuar al menos en aquellas situaciones similares a las de otro tiempo, en que actuar era útil para la especie. Su organismo responde con una actitud que representa una pauta de la conducta emocional. Sin embargo, se podría preguntar: ¿por qué en manada el toro se comporta pacíficamente, mientras que cuando está solo, herido o atemorizado, manifiesta una actitud tan agresiva?

La respuesta hay que buscarla en la conciencia de seguridad que proporciona el rebaño. El toro en la dehesa se siente seguro y tranquilo. El gregarismo significa «el instinto defensivo normal de la especie».

En las distintas suertes el toro sufre, además, una serie de estímulos traumáticos que aumentan su dolor y su cólera. La pica y las banderillas tienen este significado de excitantes mecánicos. Finalmente, queda una tercera pregunta, acaso la más difícil de responder: ¿qué representa la embestida?

Durante el transcurso de los fenómenos que se suceden en el torero, la res padece un estado emocional, estado que se evidencia claramente por su conducta y los trastornos orgánicos que se acompañan.

Las motivaciones o estimulantes periféricos de los sentidos (ruidos, dolores, movimientos, etc.), provocan una excitación en el animal a la que responde éste de diversas maneras. Unas veces recurre a la huida. Mientras que otras afronta el ataque contra el objeto que le provoca. Si elige la primera actitud no cabe duda que le domina el miedo; el ataque o embestida significa, por el contrario, una actitud propia de la cólera. Así, pues, el animal adopta una conducta que ha permanecido oculta hasta el momento en que se presenta una situación motivadora, un estímulo. Decimos, en este último caso,

que el animal se prepara para embestir. Los síntomas externos de la pauta hostil si bien conocidos. Moratín nos ha dejado en estos versos una descripción muy acertada de la embestida:

*La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás
para que la fuerza sea
mayor y el impetu más.*

Ahora bien, el toro durante el estado de cólera va almacenando una excitación nerviosa de la que se libera el organismo mediante la arrancada contra el objeto que provoca su estado emocional o de frustración, que todo esto significa el reto del torero. Es decir, el animal desea dar escape a la sensación desagradable que le provocan los distintos estímulos. Para muchos autores, cuando un individuo muestra un comportamiento agresivo es porque experimenta un estado de frustración o de conflicto. Esta, a mi entender, sería la sugestión o hipnotismo de que hablan algunos para explicar el dominio del toro por el torero.

La pregunta, pues, ¿para qué embiste el toro?, podría responderse teniendo en cuenta el cuadro de Malinowski:

ESTÍMULO. — Dolor.

ACTO. — Anulación mediante un acto eficaz.

SATISFACCIÓN. — Retorno al estado normal.

El engaño y la consiguiente excitación a que se somete el toro durante la corrida, crean un estado de inseguridad que la res resuelve con un ataque pertinaz y obstinado; más ataque al que sigue una frustración que elimina reiteradamente la satisfacción orgánica de la bestia. Es decir, la embestida supone tan sólo una disminución de la tensión y, por consiguiente, una satisfacción orgánica limitada, debido a que las provocaciones continúan sin conseguir el animal destruir al agente motivador. Es algo así como un círculo cerrado donde la res no mitiga su estado emocional, sino que donde la res no mitiga su estado emocional, sino que éste aumenta con la lidia hasta adquirir los niveles de la cólera más desatada. El nivel de excitabilidad aumenta en razón directa de la evidencia de la provocación (repetición de un estímulo con características frustrantes) y de su alternancia (cesación del estímulo), las cuales, sumadas al estado de «alerta-defensivo-ofensivo» del animal, exacerban su ansiedad. Sin embargo, existen unos límites de frustración: si la repetición del estímulo muleta (contra el cual fracasan

los ataques) es excesivamente numeroso o largo, puede agotarse la respuesta y no ser de ataque, sino de huida. El arte consiste en mantenerse dentro de los límites con «incitaciones» arriesgadas (voces, banderillas, acercamientos, etcétera) y pautas de descanso.

Psicológicamente éste es el fundamento de los distintos tercios: tiempos dentro de los límites de frustración, con variaciones del estímulo modificables dentro de cada tercio, según el arte del torero, y todo ello para aumentar el rendimiento de la bravura del toro. En la obra *Los Toros*, de Pascual Millán, hay una descripción que tiene para nosotros triple interés, pues pone de relieve, en primer lugar, la falsedad de la idea del color como elemento incitante de la acometida, opinión que ha persistido hasta nuestros días en amplios sectores del mundo taurino. A la vez se evidencia en este libro el verdadero valor del movimiento y, sobre todo, el significado de la embestida como frustración. A este propósito escribía el señor Millán: «...ya algún paje o lacayo metido en estrecho hoyo abierto en la plaza citaba desde él al toro con algún trazo de vivos colores, y ocultándose en el momento de la embestida hacia enfurecer al animal, que, no pudiendo apoderarse del objeto que le desafiaba, la emprendía a cornadas con la arena, siempre excitado por aquel bulto que desde el fondo del hoyo se movía».

En su sistema nervioso el toro tiene impreso el mecanismo o tendencia al ataque, que la evolución ha respetado porque esta tendencia supone una utilidad para la res, máxime en los estados de emergencia. Según esto, la acometida del toro comenzó siendo un mero instinto, que ha perdurado como acto reflejo. Es, en fin, el equipo de instintos de que habla Ortega y Gasset y que poseen todos los animales como una cierta garantía en la lucha por la vida.

Estas acciones instintivas de defensa y agresión son una herencia biológica y se completan por la repetición de las luchas y la experiencia, es decir, según la edad en el toro. Por ello, la embestida se considera innata y representa un carácter o reacción universal de la especie.

La mayoría de los psicólogos opinan que los centros que regulan la pauta de cólera residen en el hipotálamo y en las fracciones más ventrales y caudales de los segmentos correspondientes del tálamo (Young).

